

LA NOVELA CINEMATOGRÁFICA DEL HOGAR

30
cts



DOUGLAS FAIRBANKS, hijo
JEANNETTE FERNAY
BARBARA LEONARD
EDICIONES BISTAGNE

EN BAJA FORMA

Niu
del
COL·LECCIONISME
de J. Colomer
TOT L'ART IMPRES
AL PAPER
Gravats Antics
iaries i Revistes
Jocuines i Medalles
Objectes Variots
Vinyetes i Postals
ESPECIALISTE AL MÓN
CROMOS DE LA XUGLÀ
MISTOS I TALAC
c/J. Ferrán, 21 - C. U. OSCA (A)
Tel. 302 3-4-5
BARCELONA-2

La Novela Cinematográfica del Hogar

Publicación semanal de películas selectas

Director:

Año IV Francisco-Mario Bistagne Núm. 148

EN BAJA FORMA

Interesante producción, interpretada por
DOUGLAS FAIRBANKS, hijo, JEANNETTE
FERNEY, BARBARA LEONARD, etc.

Producción

Warner Bros - First National Films, S. A. E.

Paseo de Gracia, 77

BARCELONA

Postal-regalo: RICHARD ARLEN

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

EN BAJA FORMA

Argumento de la película

Los estudiantes de la Universidad de Montreal estaban celebrando un baile. Reinaba una alegría bulliciosa, juvenil. De fiestas como aquella nacían idilios, amores, matrimonios tal vez...

Uno de los muchachos hizo un elocuente brindis:

—Amigos, éste es el último vaso que bebéis... hasta el domingo próximo, día en que os medréis con el equipo de Quebec... Nuestra querida ciudad de Montreal tiene los ojos puestos en vosotros, pues hace dos años que los de Quebec ganan la copa olímpica universitaria. Y si la ga-

nan otra vez les pertenecerá para siempre. ¿Vais a permitir esta afrenta?

—¡No, no!—contestaron cien voces.

—Confío en esa promesa.

Después, las juveniles parejas se desparramaron por el jardín a soñar por entre las alamedas la alegría de la victoria y del amor.

Encaramado a un árbol, oyendo el criterio y contemplando el desfile de los invitados, se encontraba un estudiante llamado Fred Augusto Miller, muchacho tímido, que usaba anteojos y no tenía otro ideal que la botánica.

No tomaba parte en ninguna fiesta; era pobre y para estudiar debía ayudarse trabajando en una librería.

Unos enamorados se sentaron al pie del árbol donde él se encontraba. Fred consultó su reloj y vió que era ya tiempo de ir a regar un especial género de plantas que tenía en la bañera de su casa. Dió un salto y, sorprendiendo a la ensimismada pareja, echó velozmente a correr hacia su pensión.

Después de haber arreglado convenientemente las plantas, contempló sonriente un retrato que tenía en la pared y se inclinó ante él.

—Fred Augusto Miller, gran botánico americano, saluda a Bernard de Jussieu, el gran botánico francés. Maestro, yo aplicaré vuestras teorías generosas. Yo cruzaré este primiloide con este zinniacoptífilo.

Y señaló dos clases de plantas.

—Sí, Bernard de Jussieu... Sí, Nina Granier.

Y levantando el retrato del sabio francés,

descubrió bajo él la fotografía de una muchacha rubia, una niña de Quebec de la que él estaba enamorado. Personalmente no la conocía, pero se había prendado de ella viéndola en los retratos de los diarios, de leer las referencias de las importantes tesis filosóficas que exponía en su Universidad.

—¡Oh, Bernard! ¿Has visto tú una criatura más seductora?

Su amor era romántico; había escrito muchas cartas declaratorias a Nina, pero archivándolas todas, sin atreverse a mandar el original.

Acababa de escribir la última, redactada así:

Tus ojos son lagos mágicos y celestes... Tu cabellera es cometoidal... es decir, parecida a un cometa. ¡Oh, mi adorada, me siento indigno de ti, aunque soy uno de los mejores estudiantes de la Universidad! Soy el campeón de los 100 metros, de los 200 metros, de los 400 metros...

Se interrumpió sonriente.

—Claro que eso no es cierto—comentó—, pero en todo caso puede ser una licencia poética.

Todavía escribió nuevos y ardientes conceptos. Metió la carta en un sobre y la cerró. Puso la dirección.

Señorita Nina Granier.

Clase de Filosofía. Universidad de Quebec.

(Canadá.)

Pero dejó abatido la carta sobre la mesa.

—¡Dios mío! Si al menos tuviese el coraje de enviar una sola de estas cartas...

Volvió después al cuarto tocador, donde había convertido la bañera en un campo de expe-

rimentación. Habiendo dejado antes el grifo abierto, toda la habitación iba llenándose de agua.

En aquel momento llamó la patrona y él no quiso abrir, atolondrado con lo sucedido.

—¡No puedo abrir! Estoy desvestido.

—No importa. Ya estoy acostumbrada.

Y la patrona entró en la alcoba, dejando unas toallas.

Quiso ir al tocador, pero Fred no se lo permitió.

—Bueno, pero ¿dónde pongo las toallas, señorito?

—En cualquier parte. Ya las recogeré.

—Bien, bien.

Entonces fijóse la patrona en la carta que había para Nina.

—¡Oh, el pequeño Don Juan hipócrita!—murmuró.

Y creyendo que aquel sobre había sido puesto allí para que ella lo llevara al correo, se lo llevó sin que Fred, atareado en el cuarto tocador, sospechara lo ocurrido.

Después se olvidó Fred de la carta y no se fijó en que había desaparecido. La patrona, inocentemente, la acababa de tirar al correo.

* * *

Una bella muchacha se presentó en la librería de la señorita Mary, una solterona presumida y grotesca.

—Vengo enviada por el vicerrector.

—¡Ah! ¡Quiere libros! Precisamente he recibido una gran partida de París.

—Vengo para trabajar.

Cambió la faz de la dueña.

—¡Haberlo dicho antes! Usted quiere hacer un curso de aprendizaje para el comercio, ¿no?

—Sí, señorita.

—¿Tiene usted nociones de literatura?

—Tengo mi diploma de letras.

—Eso no prueba nada. A los doce años yo sabía Víctor Hugo de memoria.

Y recitó unos versos, pero la joven la interrumpió:

—Eso es de Alfredo de Musset.

—¿Ahora es de Musset? Todos los años hay un cambio. Pero, bien, puede usted quedarse conmigo. Aquí tengo otro empleado, estudiante, que ha venido a perfeccionar su francés. No sea coqueta con él.

—¡Oh, no!

—¿Cómo se lláma usted?

—Evelyn May.

—Bien. Y le advierto que su trabajo no puede ser remunerado.

—No me importa. Vengo a hacer prácticas.

—No le diga a su colega en qué condiciones trabaja usted.

—Pero si no gano nada...

—El apenas tampoco, pero podría pedir un aumento. Puede comenzar ya su labor.

La muchachita pasó a la trastienda, donde se amontonaban en gran desorden los libros.

De pronto vió salir del subterráneo a un joven cargado con un paquete de libros. Mucha-

cho de aspecto apocado, miope, quien al verla sonrió.

—Usted es la primera cliente que veo en ocho días.

—No. Yo soy la nueva empleada. Evelyn... ¿Y usted no se acuerda de mí?

—No.

—Nos hemos visto en el curso de Historia Natural, en la Universidad.

—Es verdad.

Se hallaba muy turbado y a punto estuvo de caérsele el paquete de libros.

La solterona intervino, disgustada:

—Miller—le dijo con voz imperiosa—, no olvide de limpiar el escaparate.

—No, señora.

Y cogió el cubo y la escoba, dispuesta a realizar aquel humilde menester.

Apenas hubo salido la dueña, Evelyn comentó:

—Usted no debiera limpiar el escaparate.

—Es que soy muy tímido.

—Eso es malo.

—¡Oh, no lo soy siempre! Algunas veces soy muy audaz.

—¿De veras?

—Entonces hago proyectos maravillosos.

—Cuénteme, cuénteme... Creo que seremos muy buenos amigos.

—Sí, sí... Usted cree que una chica bonita, elegante, inteligente... ¿puede amarme?

—Naturalmente. ¿Por qué no?

Y le envolvió en una mirada en la que había cierto interés.

—Muchas gracias, Evelyn. Usted me infunde coraje... Que me venga ahora a decir que lave el escaparate.

—Miller... Fred, a limpiar en seguida—dijo la voz de la solterona.

—Voy, voy, señora.

Y abandonando su momentánea audacia, fué corriendo a las vitrinas a limpiarlas, como un sirviente. Evelyn sonrió. Parecía interesante ese muchacho, en su lucha entre los proyectos y las realidades.

* * *

En la Universidad de Quebec, el catedrático explicaba una lección a sus alumnos. Entre los que le oían con mayor atención y procuraban asimilarse con verdadero entusiasmo sus doctrinas, figuraba Nina Granier.

—Mis queridos alumnos: Hemos visto cómo nuestro venerable maestro, el profesor Sigmund Freud, ha descubierto el origen de nuestras tareas, lo que nosotros, los psicoanalistas, llamamos “la libido”. Los deseos que nuestra conciencia oprime... esos gérmenes morbosos, alteran nuestro subconsciente...

Terminada la clase, Nina mostró a su profesor la carta que había recibido de Fred Miller, y el docto catedrático expuso sus teorías sobre ella:

—Ese es un sujeto excelente para analizar. Es un muchacho atacado de psiconeurosis agravada por deseos patógenos, de tendencia amorosa, que obnubilan las polaridades de su complejo.

Nina, espíritu dado a la investigación, se dis-

puso, pues, a analizar a aquel adorador que le serviría de sujeto de experimentación.

Días después, Evelyn había ido a visitar la pensión donde habitaba su compañero Fred, el cual le mostraba con entusiasmo sus especies botánicas.

—Ahora estaba podando mi “zinniacoptófilo”, que debo casarlo con mi “primiloide”. Venga, le voy a mostrar mi “calophanticus”.

Ella sonreía, pues más que todas esas cosas, lo que le interesaba era él.

Al día siguiente, en la tienda, se recibió una carta para Fred.

—Con su permiso, Evelyn.

Y leyó con indecible emoción:

Apreciado señor: Su carta me ha emocionado y entusiasmado. ¿Habré hallado al fin mi ideal, un alma de sabio en un cuerpo de atleta?

Como voy con el equipo de la Universidad, espero conocerle y aplaudirle en el Estadio.

Nina Granier.

—¡Oh, esto es terrible! Aconséjeme, Evelyn. ¿Cómo habrá podido ir a su destino mi carta?

—Pero ¿de qué se trata?

Le explicó Fred sus amores románticos y las mentiras que había puesto en el escrito.

—Ella va a saber que yo no soy lo que le dije que era. Y esta catástrofe me llega cuando iba a cruzar mi “primiloide” con mi “zinnicopófilo”.

Evelyn lamentó que aquel muchacho buscara el ideal lejos de allí, cuando quizás lo tuviese tan cerca; pero acallando sus celos, indicó:

—Usted debería llegar a ser lo que le dijo que era.

—¿Cree usted que yo puedo llegar a ser un atleta?

—¿Por qué no?

—Gracias, Evelyn. Usted verá, voy a comenzar y nada me detendrá.

—Así lo espero.

Y al día siguiente, muy de mañana, se dirigió al campo de entrenamiento de la Universidad.

Vestido con maillot, se presentó a los entrenadores, a quienes dijo, mirándoles tímidamente a través de sus grandes lentes:

—Vengo a entrenarme.

—A qué?

—Pues a...

Y como viese en aquel momento a otro estudiante que tiraba la jabalina, dijo:

—Pues a la jabalina.

—Está bien. Vaya a que Henry le dé una lección.

Otro entrenador, de aspecto sombrío, le dió unas cuantas explicaciones, y Fred tiró la jabalina, pero con tan mala puntería, que a punto estuvo de clavarla en la cabeza de otro estudiante.

—¿Quién es el idiota que me ha tirado esto?

Fred se acercó a él, humildemente, recogiendo la jabalina.

—Muchas gracias. Yo creí haberla perdido.

Y volviendo a lanzar el largo palo, fué a dar en la misma cabeza del estudiante. Este se in-

dignó de tal manera, que corrió hacia él con el puño cerrado.

—Voy a romperle las narices, sinvergüenza.

Asustado Fred echó a correr, seguido del otro estudiante, uno de los mejores corredores de la Universidad.

Fred corría desesperadamente y varios entrenadores quedaron admirados de su agilidad.



—Voy a romperle las narices.

—Pero fíjáos cómo corre ese tío.

—¿Quién es?

—Debe ser indudablemente algún corredor.

—¡Eh, joven, eh!

Fueron corriendo tras él con el anhelo de in-

terrogarle; pero Fred, pensando que le querían alcanzar para darle una paliza, corrió como un gamo hasta verse muy lejos.

¡Qué susto tan grande! ¡Jamás volvería al Estadio!

Pero los entrenadores estaban dispuestos a buscar a aquel gran corredor, que tan útil podía serles en las próximas carreras. Y tras largas averiguaciones, consiguieron saber que estaba empleado en una librería.

Allí se dirigieron y Evelyn les preguntó lo que deseaban.

—¿Usted no sabe dónde podemos encontrar a Fred Miller? Nos han dicho que estaba aquí.

—No... no está ya—dijo con el temor de que agredieran al pobre muchacho.

—Pues necesitamos encontrarlo muerto o vivo.

En aquel momento apareció el buen Fred, que llevaba en la mano una especie botánica cultivada por él.

Al ver a los entrenadores volvió a descender rápidamente al sótano, pero aquéllos corrieron tras él y después de una larga lucha en que fueron a rodar la mayoría de los libros, lograron alcanzarle.

—Yo les aseguro que no lo hice a propósito —suplicaba—. La jabalina partió sola.

—Nada, nada. Debe presentarse mañana a la Universidad, al campo de entrenamiento. Y ¡ay de usted si no aparece! Seríamos capaces de matarle.

Se alejaron mascullando amenazas, y el pobre Fred pasó un día terrible, mientras Evelyn

procuraba consolarle asegurando que no había de tomar así las cosas, ya que tal vez aquellos acontecimientos iban a ser el principio de su fama.

* * *

Evelyn fué a atender a una cliente. Al reconocerla, lanzó una exclamación de alegría y la estrechó entre sus brazos:

—¡Nina!

—¡Evelyn!

Eran íntimas amigas y mostraron verdadera satisfacción al verse.

—¿Qué haces aquí? ¿Ya no estás en Quebec? —le preguntó Evelyn, que ignoraba que fuese Nina la enamorada de Fred.

—Sí, pero como el equipo de nuestra Universidad juega mañana aquí, hemos venido.

—¿Siempre tienes muchos flirts?

—No. Lo único que me interesa ahora es el psicoanálisis. Y a propósito. ¿Es aquí donde trabaja un estudiante llamado Fred Miller?

—¿Miller?

—Figúrate que me ha escrito una inflamada carta. Parece que es un gran atleta.

La dueña del establecimiento se asomó al sótano y gritó:

—Miller, ¿qué espera usted para limpiar el escaparate?

—Voy, señora.

Y momentos después apareció el pobre estudiante, que al ver a Nina estuvo a punto de desvanecerse. Impresionado, pasó sin decir palabra y corrió a limpiar las vidrieras.

Nina le miró con curiosidad y extrañeza y preguntó a Evelyn, que se daba cuenta de la grave situación de Fred:

—¿Es acaso el que lava el escaparate?

—No. Creo que no es él el que te ha escrito.

—Ya supongo. Mi adorador es otro hombre... un gran hombre, sin duda.

—¿Le quieres?



... apareció el pobre estudiante.

—No me importa. Yo sólo vivo para mis estudios.

Salió y, viendo ante el escaparate al buen Fred que, ruborizado y temporoso, limpaba con rabia los cristales, le dijo:

—¿Usted se llama Miller?

El, tembloroso, contestó:

—Sí... no. En fin... yo... yo no sé.

En aquel momento salía la solterona y miró con altanería a su dependiente:

—Sigue usted charlando, ¿eh?

—¿Yo?

—Sí, usted, Fred Augusto Miller.

Miller estuvo a punto de desvanecerse. Nina le contempló con vivo interés. No había duda, era él.

—Señor Fred Miller. Yo soy Nina Gramier.

—¡Ah, bien, bien!

Se había alejado la dueña y Evelyn había ido al encuentro de los jóvenes.

—Vamos, Nina, no seas mala, no hagas sufrir al pobre muchacho. Es un tímido.

—¿Tímido? ¿Un hombre que escribe estas sartas? ¿Por qué me ha enviado usted esa carta, Fred?

—Yo no se la envié—contestó, rojo de vergüenza—. Yo escribo las cartas y luego las guardo en un cofre. No sé cómo llegó a su poder. Le pido a usted perdón.

En aquel momento llegaron los entrenadores. Quiso el muchacho escapar, pero no fué posible.

—Aquí lo tenemos.

—¡Perdón, perdón!—suplicaba—. Les prometo que no pondré más los pies en el estadio.

—¿Cómo? Mañana vas a correr las dos carreras de 400 metros.

—Pero yo no puedo correr mañana.

Estaba asustado, pálido, dolorosamente afligido.

—¿Por qué? Pasarás una buena noche y mañana estarás fresco como una rosa.

—Imposible, tengo que cuidar a Egroide.

—Le mandaremos una enfermera.

—Egroide es mi primiloide que voy a cruzar con mi zinniacoptófilo.

Quedaron estupefactos ante estas palabras; pero todavía más al oír a Nina que decía:

—Ahora ya tengo el diagnóstico. Su diferencial apsítico no responde al llamado de su ego y la impulsión no le transmite al subconsciente.

—Pero ¿cómo podremos curarle?

—Yo le voy a hacer exteriorizar su libido y será un hombre normal.

Los entrenadores marcharon, después de hacer prometer a Fred que no faltaría y éste corrió a ocultarse en el subterráneo. Pero hacia allí corrió Nina, y él, que le temía ahora a esta muchacha filosófica, intentó de nuevo huir.

—Quietó. No le haré ningún mal. Tenga confianza.

—Pero...

—Dígame. Usted me va a revelar sus problemas sexuales...

—¿Yo?

—Las palabras no pueden asustarle.

—Pero en esta forma es un poco molesto.

—No tengo miedo. Muéstreme su libido.

—Lo debo haber olvidado en mi cuarto.

Ella, cada vez más exaltada y creyendo que

se hallaba ante un caso que era importatnte analizar, continuó:

—Usted pertenece a la categoría de los pervertidos emotivos.

—¿Yo?

—Sí. Cuénteme usted sus sueños, aun los más extraños. Es la única manera de poner al desnudo su subconsciente.

Fred contestó afirmativamente a las extrañas preguntas que Nina le hizo, y ella, triunfante, indicó al fin:

—Ahora que su mecanismo apsítico funciona, ¿correrá usted mañana?

—Si se lo prometo, ¿me dejará usted tranquilo? —respondió Fred, que temía habérselas con una loca.

—¡Prometido!

—Pues correré.

Nina, satisfecha de haber conseguido lo que se proponía, marchó de la tienda, y Evelyn fué al encuentro del pobre joven, a quien le habían asustado aquellas preguntas extrañas.

—Entonces, ¿usted corre mañana?

—Prefiero correr a que Nina se meta con mi subconsciente.

—Ella se interesa mucho por usted.

—Demasiado.

—Seguramente que está enamorada de usted.

—Oh, no!

—Y si ella le besase, ¿no sería feliz?

—Un beso haría de mí otro hombre. Para mí sería una promesa de casamiento.

A punto estuvo Evelyn de dárselo, porque le

gustaba aquel muchacho, pero no se atrevió y salió del sótano, pues la dueña de la tienda la llamaba, furiosa porque venía tanta gente y, en cambio, no se vendía un solo libro.

* * *

En el café de la Universidad se encontraba Nina con varios compañeros de Quebec hablando de las próximas carreras.

Al atardecer apareció Fred, que había hecho, como vulgarmente se dice, de tripas corazón y que, para que ella le dejase en paz, estaba dispuesto a correr.

Nina le presentó a los atletas de su Universidad.

Picard, el campeón de la Universidad de Quebec, se echó a reír al ver su insignificante figura.

—¿En cuántas pruebas toma usted parte?

—Cuatro o cinco, quizás seis...—dijo tímidamente.

—Me han dicho que usted también corre en los 400 metros. Me agradaría tener a usted como adversario.

—¡Oh, claro!

Le daba miedo aquel hombre, que le parecía terrible y que añadía con una sonrisa burlona:

—Nadie me ha ganado todavía.

—Así lo creo yo.

—Bueno, adiós, señor Fred... Y adiós, Nina. No olvide usted de comprar flores para enviárselas al señor Miller al hospital.

Y se alejó riendo grotescamente, mientras Fred quedaba más acobardado, más temeroso.

Nina sintió compasión por él; experimentó el

anhelo de que venciese, y quiso darle ánimos. Mujer estudiosa, quería convertir un hombre tímido en un ser audaz y fuerte. Así, comprendiendo que la manera más importante de hacerle sentir valentía era simular que estaba enamorada de él, pues aquel hombre para sus estudios experimentales le parecía delicioso, le dijo:

—Usted puede llegar a ser célebre, no lo dude.

—¡Oh, no! Estoy convencido de mi papel secundario e insignificante en la vida.

Habían ido a pasear. Marchaban en dirección a la librería. Ella, mirándole con cierta ternura, le dijo:

—Fred, béseme usted...

—¿Yo? ¿Besarla? ¿Pero es que?...

Antes de que pudiera protestar, ya ella le había besado en la frente, y aquel beso pareció infiltrar en su alma un extraño deseo.

Sin embargo, no significó este beso para él una verdadera felicidad. Nina era el ideal. Desde que la conocía, la realidad había desvanecido muchas ilusiones. Prefería a esa mujer científica, la bondadosa Evelyn, más femenina, que con maneras más dulces parecía leer su pensamiento.

Llegaron a la librería y comunicó Nina a Evelyn que eran novios. La dependienta experimentó una gran tristeza, viendo rotos los pequeños anhelos que habían florecido en su corazón; pero no se atrevió a manifestar sus lamentaciones y simuló darles la enhorabuena. Pero aquella noche no pudo dormir, desvelada por haber perdido lo que creía iba a ser suyo.

* * *

Y llegó la tarde de las carreras en la Universidad. Fred rogó a los entrenadores le relevaran del compromiso de correr, pero éstos se negaron rotundamente, obligándole, quieras que no, a presentarse en el Estadio. Y el pobre muchacho, que nunca había sentido deseos de ser atleta, vistió temblando la camiseta de corredor y esperó junto con sus compañeros el momento de comenzar.

Picard quiso reírse de él, y antes de comenzar la carrera, le tiró varias veces tierra a los ojos. El pobre Fred no daba pie con bola. Miraba a todo el mundo sobre cogido a través de sus lentes de miope, mientras en un palco, Nina y Evelyn le excitaban al triunfo.

Quiso Picard mofarse de aquel advenedizo y, aprovechándose de su turbación, dió la voz de "¡marchen!" y el buen Fred echó a correr, sin oír las advertencias desesperadas de los jueces, que le ordenaron pararse, pues aun no se había dado la señal de partida.

Fred se iba entusiasmado a medida que corría y dió la vuelta completa al Estadio. Por fin pudieron detenerle y hacerle comprender el absurdo error en que había caído.

—Oí que decían ¡partid!, y partí.

—Eres un idiota. Estás cansado ya. ¿Cómo vas a ganar ahora la carrera?

Por fin se dió orden de comenzar y, naturalmente, Fred, fatigado por la anterior e innecesaria carrera, fué vencido por Picard, que se reía de su estratagema.

Nina se sintió furiosa, pues aunque había ganado el bando de su Universidad, ella deseaba la victoria de aquel sujeto del psicoanálisis. Evelyn sentía una infinita lástima por él.

Se hallaba Fred desconsolado en una de los vestuarios del Estadio cuando llegaron los entrenadores y, enérgicamente, después de censurarle con acritud, le dijeron:



—¿Cómo vas a ganar ahora la carrera?

—Fred, le damos a usted una ocasión para rehabilitarse. Usted va a correr los últimos metros de postes y hay que ganar, sino...

—Pero si he perdido mis últimas fuerzas.

—¡Basta! Vamos a darle un masaje y las recuperará todas.

Después, uno de los entrenadores dió una orden:

—Que venga la señorita Nina Granier. Ella acabará de convencerle.

—Supongo que no dejarán entrar una señorita aquí.

—¡Quítate eso!

—No voy a quedarme desnudo delante de una señorita...

Fueron inútiles sus protestas. Le quitaron la camiseta, le hicieron un fuerte masaje y le frotaron con alcohol de 90 grados.

Poco después apareció Nina, y el pobre Fred se levantó asustado.

—Un minuto... Cierre usted los ojos.

Pero la muchacha, educada en un ambiente de libertad y de cultivo del músculo, exclamó:

—¡Oh, no se mueva! ¡Qué magnífico torso!

Cubrióse Fred y fué retrocediendo asustado ante aquella mirada de la profesora.

Salieron los entrenadores, temerosos de que Fred no corriera, y Nina le dijo:

—Le voy a psicoanalizar. Dígame, ¿piensa usted correr en la carrera de saltos?

—No me es posible. Por favor, Nina...

—¿Por qué no? Usted sabe que quiero que mi esposo sea vencedor. ¿Es que no quiere usted ser mi marido?

—Mire, prefiero romper el compromiso, pero no correr.

—¿Y qué piensa usted de mi amor propio? Yo le he presentado en todas partes como un

gran corredor. Si usted no corre, yo caeré en el ridículo.

—Déjeme, por favor.

—¡Ah, imposible extirpar su libido! Es usted una bala perdida. Y yo había podido creer que usted...

Y marchó furiosa, convencida de que nada había que hacer con aquel hombre, que era víctima de una timidez que en vano ella había querido vencer.

Suspiró Fred aliviado, pero momentos después entró Evelyn, a quien no interesaba menos que a Nina el porvenir de su amigo.

—Ya ve, Evelyn, ya ve, por mi mala cabeza lo que estoy pasando.

—Porque es usted un miedoso, Fred.

—No puedo remediarlo.

—Pero, ¿no ve usted que todos los camaradas tienen los ojos puestos en usted? Todo el mundo le tratará a usted de cobarde y más tarde sus hijos y sus nietos serán señalados como los hijos y los nietos de un cobarde.

—¿Usted cree?

—Naturalmente. Es un oprobio deshonrar a pequeños inocentes.

—Me quedaré soltero.

Evelyn tuvo una idea y, viendo el frasco de alcohol de 90 grados, le dijo:

—¡Beba usted esto!

—Pero... soy abstemio.

—Beba, que le sentará bien. Es alcohol de menta.

Tuvo que acceder a la orden de aquella mu-

chacha y rápidamente experimentó un completo cambio en su manera de ser. Sintió un intenso calor, algo perturbador y desconocido que de repente le hacía ver las cosas con optimismo.

—¿Se siente usted mejor?

—¡Es curioso! Ya no tengo miedo de Picard.

—¿Y qué? ¿Quiere usted correr?



—¡Beba usted esto!

—¡Ya lo creo! Siento una cosa rara. ¡Oh, me parece que si yo gano esta carrera, me ocurrirá un accidente!

Evelyn sintió que una repentina nube de tristeza se posaba sobre sus ojos.

—Si usted gana, se casará con Nina.

El joven suspiró:

—Eso es lo que me atemoriza. Nina es tan rara...

—¿La quiere usted?

—¿Yo? ¿Quererla? ¡Oh, no sé! Creo que no. Fué una ilusión, ya desvanecida. Demasiado intelectual. No podría ser dichoso con ella.

Una gran emoción se apoderó de Evelyn, quien audazmente dijo:

—Fred, míreme bien a los ojos.

El obedeció y entonces la linda muchacha, recordando palabras que un día había dicho él, le besó en los labios.

Fred sintió una emoción intensísima, una felicidad maravillosa, como nunca había experimentado.

—¿Qué ha hecho usted? Creo que usted me ha besado.

—Así es, en efecto.

—¡Oh, Evelyn, qué cosa! Usted no se imagina lo que me pasa. Ahora sí que voy a correr. El amor me ha cambiado.

—¿El amor de Nina?

—No sé...

Bajó los ojos, y viendo que quedaba todavía unos dedos de alcohol, se los bebió alegremente y luego, después de envolver a Evelyn en una mirada de intenso amor, se encaminó de nuevo hacia el campo.

Medio borracho, lleno de un formidable optimismo a causa del beso de Evelyn, se presentó ante los entrenadores, saltando y bromeando co-

mo un chiquillo, como si nada quedara de él, del hombre serio de poco antes.

Los entrenadores, que ya creían que Fred no podría correr, al verle no pudieron disimular su asombro.

—No se affijan ustedes. La carrera está ya ganada.

—¿Cómo? ¿No tienes miedo de Picard?

—¿Y quién es Picard? Si dice una palabra, le apabullo.

—Pero ¿de veras quieres correr?

—¡Y de mil amores! ¡Viva el alcohol de menta y vivan las mujeres guapas!

Picard le contempló con profundo desprecio, creyendo nuevamente que le vencería. Pero pronto se convenció de lo contrario. Dióse orden de marcha y Fred avanzó como un bólido, dejando pronto atrás a Picard y obteniendo un triunfo completo.

Los entrenadores rugían de entusiasmo. También el público aclamó a aquel vencedor, que pronto se vió rodeado de una nube de admiradores que le llevaron en hombros.

Nina estuvo a felicitarle y se fué con él, mientras Evelyn, muñeca a quien se debía el éxito, salía lentamente del estadio, pensando que ahora Nina obtendría un triunfo rotundo, se casaría con el vencedor y ella habría de soportar la tristeza de permanecer siempre sola.

Fred vióse en la precisión de continuar con sus amigos, pero en el fondo de su alma había un deseo de volver a ver a Evelyn, la criatura que

creía amaba de veras... desde luego mucho más que a Nina.

* * *

Al día siguiente Nina se presentó en la librería en ocasión en que se hallaba sola Evelyn.

—Evelyn, ¿está ahí Fred? —dijo temblorosa.

—No ha venido aún, y me extraña.

—Tengo que pedirte un favor, Evelyn.

—Tú dirás.

—Tienes que ayudarme a romper mi compromiso con Fred.

—¿Tú? ¿Romperlo?

El estupor y la alegría se apoderaron de ella.

—¿Es que no le quieres ya?

—Nunca le he querido.

—¿De veras?

—Nunca.

—Ya me decía yo —exclamó ella como si viese el cielo abierto—, ¿cómo podías querer a un hombre tan tímido?

Nina se agitó nerviosa.

—¿Tímido? Se ve que no has estado en el baile del Comité Olímpico.

—¿Qué pasó?

—Me hizo bailar un foxtrot que no te digo nada, y después me llevó a la terraza. Quiso besarme, era una fiera en libertad, y como Picard se interpuso, lo dejó k. o.

—Pero ¿es posible?

—Ve a ver la salida del equipo de Quebec y verás cómo lo ha dejado.

—¿Y no acudió la policía?

—Tiró a un inspector por la ventana. Y los guardias estaban tan entusiasmados, que lo llevaron en andas.

Se interrumpió al ver que entraba en la tienda la señorita Mary.

—Por favor, ocúltame. Me da miedo esa mujer.



La hizo esconder en el sótano.

La hizo esconder en el sótano. La señorita Mary, que había dado orden a su dependienta que no quería visitantes improductivos, lamentó mucho que Fred no hubiese llegado aún y después de descargar sobre Evelyn algunos epítetos,

volvió a salir para ir a hablar con una tendera vecina.

Evelyn hizo salir a su amiga del escondite y reanudaron la conversación, rogando Nina que dijera a Fred que rompía su compromiso.

—No le quiero. Fué curiosidad, deseos de analizar el libido de aquel hombre. Pero mi corazón es de otro muchacho de mi Universidad.

—¿Por qué le diste entonces palabra de casamiento?

—Para animarle, para alentarle en el triunfo. Ya lo he conseguido. Hoy me marchó otra vez a mi Universidad. Te dejo el campo libre.

—El no me quiere.

—Sí, debe quererte. Más que a mí. Al fin y al cabo es a ti a quien se debe la victoria.

Salió Nina, dejando a Evelyn forjando ensueños, y al cabo de pocos momentos se presentó Fred Miller, completamente transformado.

Vestía un traje elegantísimo, una corbata flamante, un impecable sombrero. No usaba lentes y por primera vez en su vida fumaba un cigarrillo.

—¡Qué transformado! —le dijo ella con emoción—. Estás desconocido.

—Soy otro hombre.

—Nina ha estado hace poco aquí.

—No me hables de ella. Muchas ínfulas, pero muy poquita cosa.

—Entonces...

—Entonces a quien quiero es a ti. ¿Me quieres tú?

—Con el alma... desde el primer día.

Mary les sorprendió poco después abrazados.

—¡Oh! ¿Qué escándalo es ése? En mi propia casa.

—Sí, señora. Y en adelante, usted se limpiará su escaparate, ¿entiende?—gritó Fred.

—¡Qué insolencia! Queda despedido.

—Me voy ahora mismo. Por lo que gano aquí, ya estoy bien en casa.

—Con sus ridículas plantas.

—No, con mi novia... con la que pronto será mi mujercita. Estoy terminando la carrera y me labraré un porvenir para mi amada.

Y ante los ojos envidiosos de la solterona, volvió a besar a Evelyn y salieron los dos para orientar su vida hacia un mejor porvenir.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16.—Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Acaban de aparecer, en las selectas Ediciones Especiales de L. N. S. C., con éxito sin precedentes:

Primavera en Otoño

por Catalina Bárcena

El hijo del destino

por Ramón Novarro

Ella o ninguna

por Gitta Alpar

— y —

El enemigo en la sangre

Sensacional asunto FUERA DE SERIE

¡Ediciones Bistagne publica
siempre lo mejor entre lo mejor!

¡No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

RECUERDE ESTOS
: TÍTULOS Y PÍDALOS :

Ediciones Especiales

Novelación de las me-
jores películas de las
mejores marcas.

Precio: 1 peseta

Éxitos Cinematográficos

de gran aceptación.

Precio: 50 céntimos

Los Mejores Films

nueva colección de
films seleccionados.

Precio: 50 céntimos.

La Novela Cinematográfica del Hogar

Precio: 80 céntimos.

Con postal-regalo.

Aventuras Film

Asuntos que deleitan
a los muchachos y a
los amantes de argu-
mentos de emoción.

Precio: 15 céntimos.

148

Ediciones BISTAGNE

Passaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA